

Las navegaciones romanas por el Atlántico norte: imperialismo y geografía fantástica

Luis A. García Moreno
(Universidad de Alcalá de Henares)

A partir de testimonios arqueológicos, de diversa calidad probatoria, desde hace tiempo los prehistoriadores han hablado de la existencia de una ruta de navegación atlántica, desde Cádiz a las tierras de Irlanda y Gran Bretaña¹. Ruta atlántica que se habría visto promocionada en tiempos más recientes por la atracción ejercida por los veneros de estaño existentes en el archipiélago. Sin embargo de todo ello se ha ocupado en esta misma sede, y con mucho más conocimiento, M. Almagro Gorbea, por lo que parecería inútil volver sobre el asunto. No obstante, como historiador de la Antigüedad clásica, sí extimo pertinente realizar algunas puntualizaciones.

En primer lugar no estaría de más recordar que, al menos durante el primer milenio a.C., las sociedades mediterráneas accedieron a dicho estaño atlántico por una vía continental, y no atlántica. Atravesando las tierras galas por los cursos de Sena, Saona y Ródano, para desembocar en Marsella, en primer lugar; y, en menor medida, por el curso del Rin y los pasos alpinos de Italia. Por otro lado la identidad y localización de las Islas Casitéridas, básicas en ese supuesto gran comercio del estaño por la ruta atlántica, es un tema de discusión interminable. Si atendemos a los testimonios literarios clásicos para unos deberían ubicarse en la costa atlántica septentrional hispana, e identificarse con cualquier pequeño grupo de islas de las Rías Bajas gallegas²; mientras que para otros habría que

¹ J. Loth, Relations directes entre l'Irlande et la péninsule ibérique à l'époque énéolithique, en *Mémoires de la Société d'Histoire et d'Archéologie de Bretagne*, VI, 1925

² Diod., V,38; Strab., III,5,11; Plin., *Nat.hist.*, IV,119.

colocarlas frente a las costas de Bretaña, e incluso hubo quien llegó a dudar de su existencia real³. Discordancias que ya hicieron pensar con buen criterio a Haverfield que tal vez bajo el término de Islas Casitérides no se ocultara ninguna realidad geográfica concreta, no siendo otra cosa que una denominación común (*Sammelbegriff*) para referirse a cualquier lugar atlántico de donde pudiera proceder el estaño⁴. En fin, también se han señalado la existencia de dificultades para una navegación a vela para cruzar el Canal de la Mancha viniendo desde el sur, y costeano la actual Francia. Infrecuencia de tal travesía que podría explicar los errores de los antiguos a la hora de situar en el mapa la costa occidental de la Gran Bretaña, la frontal a Irlanda, haciéndola mirar hacia la costa septentrional española⁵.

Pero sea lo que fuera de tales navegaciones protohistóricas muy difícilmente éstas habrían podido abandonar la vista de las costas para internarse mar adentro. Sin embargo una respuesta contra tal afirmación, y en defensa de la existencia de navegaciones de altura en el Atlántico norte en la Antigüedad, podría basarse en la supuesta presencia fenicia en las Azores, en la localización de la Tule de Piteas el marsellés, y en la pretendida llegada de indios americanos a tierras de Germania en el 62 a.C. Por lo que antes de seguir adelante convendría hacer algún comentario al respecto.

La presencia de comerciantes fenicios, o más concretamente púnicos, en las Azores, algo que todavía se sigue repitiendo sin un especial criticismo⁶, se basa en el hallazgo en la pequeña isla del Corvo de 2 monedas de oro de Cartago, otras 5 de plata también de Cartago, y 2 argénteas de Cirene. Desgraciadamente las circunstancias y el relato del encuentro no son las mejores razones para alejar la sospecha de un fraude. Todo ocurrió en una mañana de noviembre del 1749, cuando un fortísimo temporal puso al descubierto en la playa antiguas estructuras ocultas por la arena, en cuyo seno había una vasija que contenía las citadas monedas. Sin embargo las monedas no se han conservado hasta nuestros días y su identificación se debe al erudito catedrático alcalaíno Enrique Flórez, al que sus amigos portugueses creyeron la persona más indicada para su estudio, a cuyo efecto le remitieron unos calcos. Sin duda el prestigio y la honradez del agustino español fueron causa principal de que el supuesto hallazgo fuera asumido por la comunidad científica internacional, desde el XVIII en adelante⁷. Pero la verdad

³ Plin., *Nat.hist.*, IV,34.

⁴ En *RE.*, X,2,2328-2332. En este caso dicho topónimo debiera entenderse también en el mismo sentido que Cerne (el lugar habitado conocido más meridional en la orilla del gran Océano circunferente: L.A. García Moreno, *La circunavegación...*), y muy posiblemente que Tule, su equivalente septentrional (vid. *infra*).

⁵ Caes., *Bell.Gall.*, V,13,1-7 y Tac., *Agric.*, X,2. Cf. R. Dion, *Itinéraires maritimes occidentaux dans l'Antiquité*, *Bulletin de la Association des Géographes françaises*, 23-24, 1954, 129 ss.

⁶ W. Huss, *Geschichte der Karthager*, Munich, 1985, 69 ss.

⁷ Vid. R. Hennig, *Terrae Incognitae*, I, Leiden, 1936, 109 ss.

es que parece un tanto osado, edificar sobre datos tan problemáticos una teoría de navegaciones oceánicas fenicias. Máxime si se tienen en cuenta las dudas sobre la capacidad tecnológica fenicia para realizar tales navegaciones de altura, y la no infrecuente recurrencia al fraude para sustentar esas mismas en los tiempos más modernos⁸.

Respecto de Tule y de la llegada a esta lejana y septentrional tierra oceánica del marsellés Piteas en el siglo IV a.C. ¿qué decir de nuevo? Respecto de su identificación y localización han sido numerosas las que se han venido proponiendo desde los lejanos tiempos de la exploración y conquista romana de la Gran Bretaña hasta nuestros días: Islandia, Escocia, las Shetlands, Noruega, Finlandia, y las Feroe⁹. Contra cada una de estas identificaciones se pueden lanzar acertadas críticas¹⁰. Pero en mi opinión más importante que eso es la imposibilidad de prescindir de los numerosísimos datos paradoxográficos que la tradición clásica ha adscrito a Tule, siguiendo al parecer el propio relato de Piteas, y que no sería honesto separar del conjunto de la descripción de la enigmática tierra. Así Tule sería de una sustancia mezcla de aire, tierra y mar, semejante a las medusas o pulmones marinos¹¹; durante el verano no existe la noche, ni el día en invierno; y a una jornada de navegación el oceano está helado¹². Todo lo cual aconsejaría una prudente reserva ante cualquier tentación de identificar en el Oceano septentrional una Tule, y considerarla en gran medida una ficción hecha verosímil por acomodarse a ciertas teorías y concepciones geográficas helénicas¹³. Pero sobre ello he de volver más adelante.

⁸ Me refiero a la supuesta presencia fenicia en Pernambuco (Brasil), una superchería que no dejó de provocar un cierto debate científico: vid. en último lugar E. Acquaro, en W. Huss (ed), *Karthago*, Darmstadt, 1992, 394-400

⁹ Vid. al respecto I. Whitaker, The problem of Pytheas' Thule, *Classical Journal*, 77, 1981-1982, 160 ss. que expone con brevedad y honestidad crítica lo que se sabe de tan debatido tema.

¹⁰ Por ejemplo, si nos atenemos a las únicas tierras insulares las Shetlands quedarían descartadas por no estar a 6 días de navegación de Gran Bretaña, su noche más corta es de 2-3 horas, y es un archipiélago; mientras que Islandia, por su parte, habría carecido de proklamamiento con anterioridad a la llegada de los monjes celtas que precedieron a los vikingos.

¹¹ Strab., II,4,1 y IV,5,5.

¹² Plin., *Hist.nat.*, II,77;99 y IV,16. Estos últimos datos son contradictorios: en una latitud más meridional a donde se produce la noche invernal el Oceano ya está helado.

¹³ Sin entrar en más detalles debería tenerse en cuenta la idea de suponer en los extremos de la tierra habitada, y en las proximidades del supuesto Oceano circunterrestre, situaciones contrarias, pero simétricas (vid. P. Janni, «Il sole a destra»: estrapolazione nella letteratura geografica antica e nei reseconti di viaggio, *Studi Classichi e Orientali*, 28, 1978, 87-115). La extraña sustancia de la que estaría compuesta Tule tiene su explicación en una concepción cósmica en la que la Tierra estaría situada debajo de una gran bóveda celeste, que vendría a soldarse con ella en sus extremos, precisamente bañados por el Oceano circunterrestre: allí sería donde los tres elementos propios de la tierra firme, el oceano y el cielo vendrían a confundirse.

La pretendida primera llegada de indios americanos a Europa se basa en una noticia transmitida por Pomponio Mela (III,5) y por Plinio el Viejo (*Nat.hist.*, II,67). Según ésta en el 62 a.C. un rey de los suebos habría regalado a Quinto Metelo Celer, procónsul de la Trasalpina, un grupo de comerciantes indios que desde la India habían sido arrojados a las costas de su país germano por causa de una tempestad, que les había apartado de su ruta en el Océano. Para el investigador alemán Hennig la única explicación razonable de tan extraña noticia es que se tratase de un grupo de pieles rojas norteamericanas, cuya canoa canadiense habría sido grandemente desviada de sus incursiones de cabotaje por un gran temporal¹⁴. Dejando a un lado las dificultades «reales» de tal peripecia, no estará de más señalar que resulta difícil que unos tales pieles rojas pudieran ser tomados por comerciantes —¿de qué?— e hindúes por personas cultas romanas de esa época. Pues en aquellas fechas sí que existían en el Mediterráneo gentes capaces de interrogar a indios de la India y preguntarles por su auténtica procedencia, y lo «indio» era algo bien conocido y caracterizado por la Etnografía helenística. Por el contrario tanto Plinio como Mela afirman haber tomado la noticia de Cornelio Nepote, y como prueba de la realidad de una conocida teoría geográfica que suponía la existencia de un Océano circunterrestre que permitía la comunicación entre el Indico y el Atlántico por el norte.

Por diversas citas transmitidas por Plinio el Viejo y Pomponio Mela sabemos que el historiador se interesó vivamente por cuestiones geográficas, defendiendo las conocidas tesis de la Geografía helenística, de un Océano circunterrestre. Para ello Nepote haría hincapié en la realidad de una circunnavegabilidad de Africa, para lo que se basaría en buena medida en el «Periplo» paradoxográfico alejandrino del supuesto Eudoxo de Cnido, y muy posiblemente en Celio Antípatro¹⁵. Contexto en el que Nepote haría un hueco para describir localidades de la costa atlántica africana tan usuales en la literatura paradoxográfica como eran Lixus y Cerne¹⁶. Si estas narraciones eran digresiones en el seno de sus obras de carácter histórico —*Chronica* o *Exempla*— o una obra estrictamente geográfica, del tipo «periplo», por lo demás no mencionada por los antiguos, es asunto de discusión¹⁷. En todo caso Nepote habría extendido este tipo de digresiones a otras regiones periféricas de la *ekoumene*, como sería el caso de sus paradoxográficas elocubraciones sobre la relación entre el antiguo Istro y el recién descubierto Danubio¹⁸. En fin, como etnógrafo Nepote también habría hecho amplio uso del Mito, de las derivaciones etimológicas y de las explicaciones

¹⁴ R. Hennig, *Terrae Incognitae*, I, 236 ss.

¹⁵ Pom.Mela., 3,5,44; 9,90; y Plin., *Nat.Hist.*, 2,169.

¹⁶ Plin., *Nat.Hist.*, 5,4; 6,199 (= C.Nep., *Exempla*, 13 y 16, en Peter, *HRR*, II, 31 y 32).

¹⁷ A. Luisi, A. Luisi, Cornelio Nepote geografo, en M. Sordi, *Geografia e storiografia nel mondo classico*, Milán, 1988, , 43 ss.

¹⁸ Plin., *Nat.Hist.*, 3,127 (= C.Nep., *Exempla*, 10, en Peter, *HRR*, II, 31). Cf. A. Luisi, Cornelio Nepote geografo, 49 ss. que lo relaciona correctamente con Pom.Mela, 2,63.

evemeristas¹⁹ en una proporción excesiva que causaría cierta crítica de Plinio, que consideró al historiador en demasía crédulo²⁰. Así pues, Cornelio Nepote habría contado su anécdota paradoxográfica para demostrar la realidad de tal teoría oceánica, y sobre la base de que el mar suéutico —el del Norte— se encontraba en una longitud no muy alejada de la extremo oriental de la India, pues que se consideraba al Caspio como un gran golfo de ese Oceano en su esquina nororiental. Si alguna realidad quisiéramos ver en la anécdota de Nepote, hombre dado ciertamente a la paradoxografía, sería preferible ver en esos comerciantes indios a cualquier habitante más o menos salvaje de las orillas del Báltico —o Mar Sarmático, en teoría no muy alejado de la India—, que a auténticos amerindios.

Ciertamente no es este el lugar para tratar por extenso las concepciones sobre la Tierra que eran populares en la Geografía de época helenística e imperial romana. Bástenos señalar que todas ellas coincidían en una serie de hechos básicos. Entre ellos destaca un fundamental sentido de la simetría a la hora de configurar las distintas masas continentales y las zonas marinas, tanto en lo que respectaba a sus latitudes como a sus longitudes extremas; sentido de la simetría que llegaba a su paroxismo en la muy difundida teoría de los cuatro mundos de Crates de Malos. También se admitía una proporción entre las diversas masas continentales entre sí, y entre éstas y las oceánicas, muy diferentes a las reales: las tierras eran mucho más extensas que las zonas marinas y Europa tenía una extensión semejante a Asia, mientras Africa era francamente más pequeña. También era opinión común la existencia de un gran Oceano circunterrestre, que en teoría permitía la comunicación marítima entre las diversas masas continentales, separadas entre sí por estrechas franjas marinas, más o menos al modo de las conocidas de los mares Mediterráneo y Rojo. En fin, a partir de lo conocido también se admitía que las masas terrestres de hecho tenían unas dimensiones bastante más reducidas que las reales; de tal forma que, si para Agatárquidas de Cnido el extremo sur europeo estaba separado de su homólogo meridional africano por tan sólo 24 días de viaje²¹, en el conocido mapamundi de Agripa tan sólo 480 millas romanas separaban el Tanais (Don) del Oceano oriental circunterrestre.

Tales eran las concepciones geográficas vigentes en los tiempos helenísticos y romanos. Ellas se basaban ciertamente en fuertes apriorismos y en unos cuantos datos positivos, comprendidos de manera desproporcionada a consecuencia de un fundamental etnocentrismo mediterráneo. Pero para su total aceptación necesitaban de su verosímil comprobación a través de la narrativas de expediciones marítimas descubridoras de los extremos del Mundo. Un tal objetivo habría venido a cumplir la muy difundida literatura geográfica llamada de periplos²².

¹⁹ C.Nep., *Chron.*, 1 y *Exempla*, 14, en Peter, *HRR*, II, 25 y 31-32.

²⁰ Plin., *Nat.Hist.*, 5,4.

²¹ Diod., III,34

²² P. Janni, *La mappa e il periplo, cartografia antica e spazio odologico*, Macerata, 1984.

Y entre ellos cabría destacar en época helenística, compuestos en ambiente alejandrino muy seguramente y con referencia a los confines atlánticos, los de Hannón y de Piteas. El primero venía a demostrar la realidad de tales teorías en lo referente al Atlántico meridional, desde Cádiz al Oceano oriental (Indico o Mar Eritreo)²³. El de Piteas habría venido a hacer otro tanto, pero con referencia al Atlántico septentrional, desde Cádiz hasta el Oceano oriental.

Determinar la fecha exacta de composición del Periplo de Piteas no es cosa fácil²⁴. Pues lo cierto es que éste sólo se nos ha transmitido por vía indirecta, especialmente por sus referencias en Estrabón y Plinio el Viejo²⁵. Sin embargo sabemos que ya fue conocido por Posidonio y por Eratóstenes, que precisamente dudaron de su veracidad. Ciertamente no puede ser esta la ocasión más apropiada para discutir la realidad o no, de una navegación atlántica realizada por el masaliota Piteas, y concretamente de su posible circunnavegación de la Gran Bretaña, descubrimiento de las Shetlands y de Escandinavia y el Báltico. Precisamente en los tiempos modernos se ha solido señalar su referencia a la isla de Gran Bretaña como una prueba de la autenticidad de una navegación exploratoria de Piteas por el Mar del Norte. Sin embargo no se puede olvidar que tales alusiones sólo aparecen en Plinio y Estrabón, personas que conocían bien la existencia y forma de tal isla, pero no en las citas, escasas, del Periplo anteriores al descubrimiento de Gran Bretaña por la expedición de Julio César.

Además de los ya por sí sospechosos elementos paradoxográficos contenidos en el Periplo, y a los que nos referimos al hablar de Tule anteriormente, sí creemos interesante señalar otros hechos que nada parecen abogar por la autenticidad de un tal periplo. Incluso un investigador tan favorable a la veracidad del Periplo, como es R. Dion²⁶, no ha podido por menos de señalar algunos hechos que van contra la misma. Así el objetivo del escrito habría sido describir las costas de Cádiz al Tanais, que era su probable título; enmarcándose ello en una concepción exoceanica y de la existencia del istmo de Tanais y del estrecho del Caspio; ambas cosas una ficción propia de la teoría geográfica antes mencionada en sus rasgos principales²⁷. También llama la atención la inconcreción de Piteas

²³ L.A. García Moreno, Precedentes grecorromanos de la navegación atlántica de Bartolomeu Dias: en torno al Periplo de Hannón, en *Congreso Internacional Bartolomeu Dias e a sua época*, II, Oporto, 1989, 237-258.

²⁴ Se han propuesto fechas extremas que van desde el 368 al 201 a.C., aunque la mayoría se inclina por la época de Alejandro Magno, con la importante disidencia de Rhys Carpenter (*Beyond the Pillars of Heracles*, Nueva York, 1973, 145 ss.) que lo data en torno al 240-238 a.C., cf. I. Whitaker, The problem of Pytheas, 149 n. 7.

²⁵ Strab., II,4,1-2; IV,5,5; Plin., *Hist.nat.*, II,77;99 y IV,16 principalmente.

²⁶ R. Dion, Pythéas explorateur, *Revue de philologie, de littérature et d'histoire anciennes*, 40, 1966, 191-216; id., *Aspects politiques de la géographie antique*, Paris, 1977, 175-222.

²⁷ Vid. al respecto Plin., *Hist.nat.*, II, 167-168: expedición de Patroclo en tiempo de Seleuco el Victorioso.

respecto del último destino de su viaje, Tule, que parece concebirse como auténtico «confín del Universo». También resulta curioso que, por lo que sabemos, el Periplo no parece que mencionara la conclusión lógica del viaje, que debiera haber sido la descripción del istmo del Tanais y del estrecho cáspico que comunicaría el Oceano septentrional con el oriental e indico. Curioso y extraño silencio que sin embargo no deja de tener su paralelo en el otro periplo ficticioso que hemos considerado simétrico al de Piteas, el de Hannón; pues que en este último no se hace más que aludir de manera oscura, pero sin concretar, al lógico fin del viaje, que no era otro que la demostración de la circunnavegabilidad de Africa. Y al igual que ocurre en el Periplo de Hannón en el de Piteas se relaciona su viaje exploratorio con elementos bien conocidos de la Mitología helénica; como serían las referencias a posibles andanzas noroceánicas de Heracles, a las de los Argonautas por el Tanais, y a la existencia de la «cuna del sol» en el lejano extremo nororiental²⁸. Es posible que el estudioso francés tenga razón al relacionar el Periplo de Piteas con los planes y propaganda de Alejandro Magno para futuras conquistas oceánicas occidentales. Aunque tal vez resulte más probable que el escrito fuera un producto de la «leyenda de Alejandro», formada muy pronto tras la muerte del macedonio y con el fin precisamente de dar verosimilitud a tales planes de conquista²⁹. Pero una vez entrada en el inmenso caudal paradoxográfico y de ficción de los proyectos de conquistas y dominación oceánicas de Alejandro, la supuesta navegación por el Atlántico norte de Piteas debería ser asumida y, a ser posible, llevada a la práctica, por cuantos poderes imperiales en la *ekoumene* grecorromana aspirasen a tales dominaciones en una clara *imitatio Alexandri*. Imitadores entre los que cabría citar, y ocupando un lugar preeminente, a César y todavía más a su heredero Augusto³⁰.

Julio César habría realizado su expedición a la Gran Bretaña en buena medida imbuido por tal deseo de superar la gloria del gran macedonio. Augusto también habría por lo mismo pretendido la conquista de la isla y habría llevado la dominación romana hasta las aguas del Cantábrico en la Península ibérica, plantando a la manera de Alejandro sus «altares» en el finisterre occidental y oceánico de Galicia³¹. Pero no sólo eso. El primer emperador habría ordenado realizar

²⁸ Gemino de Rodas, *Elementa astronomiae*, VI,9; y cf. R. Dion, *Aspects politiques de la géographie antique*, 187. En el Periplo de Hannón la navegación terminaba al llegar junto a «la cama de los dioses».

²⁹ A este respecto no podemos dejar de señalar que las supuestas referencias a Piteas por Timeo (Plin., *Nat.hist.*, XXXVII,36) y por Dicearco (Strab., II,4,2), aducidas por Dion, son muy dudosas por no decir que inexistentes.

³⁰ Vid. al respectp R. Dion, *Aspects politiques de la géographie antique*, 247 ss.; y cf. también G. Vanotti, *Prospettive ecumeniche e limiti reali nella definizione dei confine augustei*, en M. Sordi (ed.), *Il confine nel mondo classico*, Milán, 1987, 234-249.

³¹ Vid. L.A. García Moreno, *Alejandro Magno y la política exterior de Augusto*, en J.M. Croisille (ed.), *Neronia IV. Alejandro Magno, modelo de los emperadores romanos*, Bruselas, 1990, 140-142.

un expedición naval exploratoria del supuesto Oceano circunterrestre en su tracto septentrional, sin duda en busca del istmo del Tanais y del brazo de mar que comunicaba con el Oceano Indico. Dicha expedición habría tenido lugar el 5 d.C., recordándola con orgullo el mismo Príncipe en sus *Res gestae* al lado de las otras grandes expediciones y conquistas terrestres que habían tenido como fin último alcanzar límites oceánicos para el Imperio, superando al propio Alejandro y «navegando con dirección a la región del sol naciente hasta el territorio de los cimbrios, a donde jamás había llegado ningún romano ni por tierra ni por mar hasta aquel momento»³². Ciertamente la flota comandada por su hijastro Druso no habría llegado más allá de la península de Jutlandia (país de los cimbrios). Pero sin duda el fin de la expedición era más ambicioso, proponiéndose llegar hasta las supuestas Columnas septentrionales de Hércules, que en simetría con las gaditanas también deberían comunicar el Oceano septentrional con el oriental. Si la expedición no lo alcanzó, ni se intentaría de nuevo al decir de Tácito, sería porque «ha parecido más piadoso y reverente creer en los hechos de los dioses que conocerlos a ciencia cierta»³³. Sin embargo la creencia de Augusto sería que su flota no había distado mucho de alcanzar tal destino mitológico y paradoxográfico; y así su vate oficial, Virgilio, podría decir que los *Caspia regna* -es decir, situados sobre ese brazo de mar que comunicaba el Oceano septentrional con el oriental- temblaban ya ante la próxima llegada del emperador romano³⁴. Por eso no extraña que el hijo de Druso, el joven Germánico, hubiera vuelto a intentar esta navegación por el Oceano septentrional; aunque esta vez el intento habría de terminar peor, siendo la flota dispersada por una tempestad y salvándose el emperador sólo por los pelos en las costas de Frisia. Sin embargo al decir de los contemporáneos los marinos romanos no habrían dejado esta vez de enfrentarse con la parafernalia paradoxográfica típica de unas aguas oceánicas que se creían terminales³⁵. En todo caso el fiasco de la expedición también podía explicarse por un pecado de impiedad, porque «los dioses impiden que los ojos de los mortales conozcan el fin del Mundo..y habíamos violado las aguas sagradas y turbado las sedes tranquilas de los dioses»³⁶. Y también Germánico era otro es-

³² Aug., *Res gestae*, 26,4; también a ella se refieren Plin., *Hist.nat.*, II,167; Strab., II,3,4-5; Vel.Pat., II,106. Nótese que Augusto dice que ningún romano había llegado, no que nadie; pues, sin duda, estaba en la mente de todos la expedición de Piteas.

³³ Tac., *Germania*, 34. Cf. R. Dion, *Aspects politiques de la géographie antique*, 233 ss.; id., Explication d'un passage des «Res gestae divi Augusti», en *Mélanges d'archéologie, d'épigraphie et d'histoire offerts à J. Carcopino*, París, 1966, 249-269.

³⁴ Verg., *Aen.*, VI,798-799. Por su parte Plin., *Nat.hist.*, II,167 señala que se había alcanzado la tierra de Escitia, con lo que sin duda se quería decir que se había llegado al mismo Istmo del Tanais (en un sentido distinto R. Hennig, *Terrae Incognitae*, I, 278).

³⁵ Tac., *Ann.*, II,24, que no obstante su simpatía por Germánico no deja de clavar la puntilla de su mordaz ironía al lanzar la sospecha de que tales *thaumata* más que realidades fueron «cosas que se habían figurado por el miedo».

³⁶ Senec., *Suasoriae*, I,15, citando los versos de C. Albinovano Pedo, un amigo de Ovidio y participe en la expedición.

forzado imitador de Alejandro Magno³⁷.

Tras estas expediciones de época augústea tan sólo se podrían señalar algunas otras navegaciones atlánticas en tiempos romanos, pero de alcance muy limitado. Una de ellas sería la expedición de Agrícola a las Orcadas en el 84 d.C., y en el contexto de las operaciones de conquista de Gran Bretaña dirigidas por este general de Domiciano³⁸. Otras serían las navegaciones de sacerdotes bretones a una isla, tal vez la de Mona, referidas por Plutarco. Pequeñas incursiones oceánicas estas últimas, y que el polígrafo beocio relacionó además con antiguos mitos y elementos paradoxográficos tradicionales.

Concretamente el de Queronea, en su tratadito «Sobre la desaparición de los oráculos»³⁹, dice haber tomado tal noticia de la conversación mantenida en Delfos en el 83 d.C. entre el lacedemonio Cleobroto y su amigo el gramático Demetrio de Tarso. Conversación que cabe suponer versaría sobre los «extremos» paraoceanicos supuestos de la *ekoumene*, pues si Cleobroto venía de un viaje por el paradoxográfico país de los Trogloditas del Mar Eritreo (Oceano Indico) Demetrio acababa de realizar por orden imperial un viaje exploratorio por las islas de entorno a Gran Bretaña. Cuenta Plutarco que a estas islas oceánicas bretonas los indígenas las llamaban «Islas de los demonios y de los héroes». En ellas se producían fenómenos maravillosos, como fuertes vientos, trombas de fuego y la confusión de los meteoros; característica esta última que, curiosamente, coincide con la descripción de Tule por Piteas: una isla donde se confundían los tres elementos. Este mismo Demetrio afirma en otro tratado de Plutarco⁴⁰, que la principal de esas islas se llamaba Ogygia y que estaba próxima a otras tres innominadas; que en ella los indígenas situaban la prisión en que Zeus encerró a Cronos, mientras en las otras tres habitaban temporalmente sacerdotes indígenas venidos del continente. Estas tres islas, además, gozaban de un clima y de una riqueza vegetal insuperables.

Todas estas últimas noticias Plutarco afirma haberlas tomado de un conocido pitagórico, Sila, que a su vez las habría leído en un tratado titulado «Historias increíbles de más allá de Tule», obra del famoso paradoxógrafo Antonio Diógenes⁴¹. No cabe duda que el tono del pasaje de estas referencias bibliográficas, la ubicación oceánica y extrema, y hasta las mismas resonancias homéricas, han hecho pensar a la inmensa mayoría de los estudiosos que ambos relatos de Plutarco tienen una forma y fondo profundamente paradoxográficos, lo que ya fue visto en

³⁷ Vid. en último lugar G. Cresci-Marrone, Germanico tra mito d'Alessandro ed exemplum d'Augusto, *Sileno*, 4, 1978, 209 ss.

³⁸ Tac., *Agric.*, 10; para magnificar la acción de su suegro el historiador romano señala las proximidades de la paradoxográfica Tule a la latitud alcanzada por Agrícola. Cf. R. Hennig, *Terrae Incognitae*, I, 318-320.

³⁹ Plut., *Moral.*, 419 E-F.

⁴⁰ Plut., *Moral.*, 941 A-F.

⁴¹ Un resumen de la obra de éste se encuentra en Focio, *Bib.*, cod. 166.

su pionero trabajo por Erwin Rohde⁴². No cabe duda que la isla Ogygia tiene mucho que ver con las «Islas de los bienaventurados o afortunados» de la más fértil tradición paradoxográfica y mitológica. Hasta la misma disposición geográfica de esta nueva «isla de los afortunados» que es Ogygia, con otras tres islas situadas delante de ella, ofrece llamativas concomitancias con otra descripción de las «Islas afortunadas» conservada en Plutarco⁴³, que nosotros en otra ocasión creímos poder adscribir a la inventiva de un fértil paradoxógrafo latino, Estacio Seboso⁴⁴. Por mi parte en otra ocasión⁴⁵ lo he relacionado también con el conocido intento de «imitación de Heracles» por parte del emperador Domiciano. Contexto en el que se situaría su conquista de un «extremo» de la Tierra, como suponía que era Gran Bretaña. De esta forma la propaganda imperial habría venido a trasladar a los alrededores de esta última conocidos ambientes atlánticos relacionados con el héroe, entre ellos el de las Islas de los bienaventurados y el Jardín de la Hespérides⁴⁶. De este modo en el último relato dejado por la Antigüedad clásica referente a navegaciones por el Atlántico norte también la realidad cedería importancia frente a la propaganda imperial, el Mito y lo paradoxográfico. El camino estaba expedito para posteriores incursiones medievales en el Atlántico: desde el Oceano monstruoso de los bestiarios a la Isla de San Barandán.

⁴² E. Rohde, *Der griechische Roman und seine Vorläufer*, Leipzig, 1914³, 250 ss.

⁴³ Plut., *Sertorius.*, 8, 2. Aunque ciertamente tanto Plutarco como su posible fuente última, Estacio Seboso (*apud* Plin., *Nat. hist.*, 6, 36-37=201-202), las Islas de los Afortunados eran dos, y no sólo una como es el caso de esta Ogygia; reducción seguramente forzada por lo que se sabía sobre la isla de Calypso (sobre la cual vid. el documentado artículo de J. Schmidt, en *RE*, XVII,2, 1937, 2066-2076).

⁴⁴ L.A. García Moreno, Plutarco, *Sertorius*, 8.2-3 y los orígenes de la Geografía paradoxográfica latina, en J. García López *et alii*, edd., *Estudios sobre Plutarco: paisaje y naturaleza*, Madrid, 1992, 27-35.

⁴⁵ L.A. García Moreno, Plutarco, Delfos y la Mitología céltica, en M. García Valdés (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Madrid, 1994, 113.

⁴⁶ Sin duda en este ambiente se sitúa la famosa circunnavegación británica de Agrícola (Tac., *Agric.*, 10), tendente a presentar la Gran Bretaña, nuevamente conquistada, como un auténtico *alter orbis* que implicaba la inclusión del mismo y paradoxográfico Oceano en el interior de los límites del Imperio, para todo lo cual ciertamente se contaba con el precedente de la propaganda de Claudio cuando la primera conquista de la isla (G. Zecchini, *La Britannia da Cesare a Claudio*, 266-271). Sobre la importancia dada por Domiciano a su identificación con Hércules vid. J.R. Fears, *Princeps a Diis electus: The Divine election of the Emperor as a political concept at Rome*, Roma, 1977, 224.